

En todos los cuentos la narración es liviana, pero superficial. El diálogo es indiferenciado. En un mismo cuento—por ejemplo en «Sherazade»—casi todos los personajes hablan igual, en frases hechas.

Según tenemos entendido, este libro es el primero que publica la señora Cervantes, nada impide que las cinco obras que anuncia—una en prensa y cuatro en preparación—superen en calidad a «La mujer que soñó un hijo».—*Juan Uribe-Echevarría.*

YUNGA, por *Enrique Gil Gilbert.*

En el Ecuador está desarrollándose actualmente un interesante movimiento literario, parejo al que puede encontrarse en casi todos los países de América. Este movimiento se funda en la peripecia del hombre aborígen. América ha sacudido su sueño de imitación incondicional de lo europeo en lo que se refiere a la elección de los tipos o de los temas, y toda su vasta literatura se endereza a la pintura de las luchas trágicas del nativo, bien contra la naturaleza, bien contra los elementos extranjeros de conquista económica, o bien contra la supervivencia de los métodos coloniales que tan profundamente deprimieron estas razas dignas de mejor suerte. La más modesta de las obras literarias lleva encerrada la intención de promover, con el espectáculo de la explotación y de la humillación del hombre de abajo, un nuevo sentido de lucha y un llamado a los elementos destinados a influir en el desarrollo de la vida política y social del continente. De ahí que lo que en algunas partes se denomina criollismo, en otras nativismo y en algunas populismo, no es sino el mismo envión natural de la conciencia miserablemente espoliada que ha tocado con su dolor los dominios hasta ayer, fríos e impasibles del arte. América reclama, de un tiempo a esta parte, no narcisos en las letras, sino hombres hechos y derechos; no grafómanos que repiten a los cuatro vientos los mismos temas ya descompuestos del romanticismo europeo o del romanticis-

mo americano, copiado de aquél, sino las expresiones reales y crudas de la vida de América en su lucha desesperada por tener un sentido y una fisonomía propios.

Ecuador ha entrado en este movimiento con un grupo de escritores jóvenes para los cuales no hay otra realidad literaria que la del propio suelo.

Yunga, colección de cuentos de Enrique Gil Gilbert, puede colocarse entre los libros auténticos de ese país, cuyo florecimiento literario es todavía desconocido en Chile. Por lo menos desconocido de gran parte de los que en Chile demuestran interés por las letras de otros países. Un escritor ecuatoriano, Jorge Carrera Andrade, ha dividido el clima literario del Ecuador en dos porciones típicas de su atmósfera tropical: una «es el litoral de las vegetaciones abrumadoras, de la jungla cauchera y cacaofera, de los manglares, de los arrozales, de los cañaverales, del tigre, de las víboras y mosquitos asesinos, de la canícula y del paludismo devoradores; y el otro el litoral urbano, el de las ciudades, que a fuerza de acción, de trabajo van adquiriendo su jerarquía relativa—social, económica, política, civilista—en el proceso de la civilización». En la región más hosca de la sierra ha colocado Gil Gilbert la acción de sus cuentos agrios y dolorosos. Hay en ellos, pintada en trozos y cuadros rápidos, toda la historia de la explotación ruda y cruel del aborigen por el extranjero dominador o por el mayoral nativo, mestizo que se pone al servicio del amo rubio, a fin de hacer más favorable y fácil la depresión del hombre desamparado. En el fondo se renueva la contienda del encomendero colonial sin entrañas y del indio reducido a bestia de carga y carne de flagelación. Por cualquier camino que se enfile en América hacia el corazón literario, que es como decir hacia el corazón de la selva o de la montaña o del desierto o de la pampa, se encuentra el mismo conflicto, la misma lucha de ataque y de defensa que ha sido la historia entera de estas tierras.

Gil Gilbert ha descorrido el velo, como su compañero Jorge Icaza, en *Barro de la Sierra*, y con anterioridad, Fernando Chávez, en *Plata y Bronce*, de la existencia sombría de los na-

tivos, la fauna inexplorada del hombre abandonado en medio de las sinuosas escoriaduras de las sierras, pasto de fieras y de hombres, y olvidado por las leyes que sólo en las ciudades tienen un sentido. En medio de cuadros de un rico sabor primitivo, pasan sus héroes agobiados por la gangrena de la servidumbre, bajo el látigo de los mayordomos. Revuelta toda la carne humana, indios, costeños, serranos y gringos, brota de ella un áspero y salvaje acento dramático. He aquí una escena. Se ordenó a los trabajadores que subieran hasta una enorme mole granítica que debía picarse para trazar en ella un camino. Sabían lo que les esperaba: mala alimentación, látigo y la muerte por un bufido de la dinamita o por una caída en el abismo. Se negaron. Entonces los mayores se lanzaron contra ellos con los foetes, flagelándolos en la cara, arrancándoles los ojos con el extremo de la fusta. «Los negros—escribe Gil Gilbert—eran los que más padecían. Los vieron enlazados por la cintura, muertos. Antes, habían pedido muchas veces que los subieran, que tenían sed—estaban trabajando a media falda del corte en la montaña sobre un abismo, atados por la cintura—. Y si no, allí estaba lo que hizo el negro Borell: guindado desde las seis de la mañana, trabajaba con la pica tallando la roca; se paró, cogido del cabo, y gritó:

—Pasen agua, que tengo sed. Nadie le contestó. Siguió trabajando hasta las once. Entonces el calor lo alocaba. El sol estaba en un cielo azul, azul.

—Demen agua que tengo sed...

Los sobrestantes pasaban diciendo:

—Es negro, que aguante...

El sol se hacía más caluroso. La roca restallaba su foete canicular en la cara del negro. De arriba los hombres veían sin decir nada. Sudaba y picaba la roca. La piedra saltaba, astillada a su cara. Le ardían los ojos. Tenía la boca seca:

—Denme agua, maldita sea...

Ya no trabajó más. Intentó subirse por el cabo. A la mitad le faltaron las fuerzas, y cayó gritando, con las manos alza-

das y abiertas las piernas como una piedra más, de cabeza contra una saliente. Dejó manchada la piedra de sangre y sesos. Lo vieron muchos y gritaron:

—Ustedes tienen la culpa, porque no le dieron agua...

Y le respondieron:

—Eso no es nada, pasa siempre.

Naturalmente, eso ha pasado siempre en América. Por eso la literatura americana, de estos últimos años, está toda ella impregnada de dolor y a veces también de odio y de desprecio.—*D. M.*

VIAJES

EN LA BARCA DE ULISES (1), de *Miguel Luis Rocuant*.

Miguel Luis Rocuant ha publicado un libro para ser dedicado a los amigos, discreta y finamente. No es obra para vitrinas. El autor no ha ido a Grecia a conocerla, sino a recordarla, ubicándose en sus paisajes. La fábula y el mito, la leyenda y el diálogo filosófico todo lo aprecia buscando una luz suave de amanecer o de crepúsculo.

Ulises, que se pierde y busca el regreso, después de estar tantas veces a punto de perecer, es un símbolo extraño a nuestra época que sólo quiere avanzar, progresar, huir.

El señor Rocuant escribe bellas páginas sobre el espíritu de las ruinas. Cada detalle del paisaje le sirve para comprender mejor una sonrisa de Diógenes, un drama de Esquilo, un diálogo de Platón. No es su obra la de un erudito o arqueólogo. No le interesa discernir si una escultura es totalmente griega o presenta huellas micenianas u orientales. Le importa sólo el momento de belleza y revelación que le pueda brindar: «Si un paisaje no ha sido encendido por alegrías ni sombreado de dolores; si no recuerda nada de humano, su belleza no nos lleva más allá de su luz y su color. La excelsitud de

(1) Editorial C. I. A. P.—Madrid, 1933.